

EDICIÓN 50º ANIVERSARIO

JOHN F. KENNEDY

GANADOR
DEL
PREMIO
PULITZER

PERFILES
DE CORAJE

PRÓLOGO POR
ROBERT F. KENNEDY

INTRODUCCIÓN POR
CAROLINE KENNEDY

P.D.
PERSPECTIVA
ENTREVISTA
7 45

Se describe actos de valor e integridad realizados por ocho senadores estadounidenses. Estos ocho senadores realizaron algún acto debido al cual se pusieron en una posición contraria a su partido, o tuvieron que oponerse a la opinión de sus electores, por lo cual fueron severamente criticados y perdieron gran popularidad.

Kennedy fue senador por el Estado de Massachusetts desde 1952 hasta que fue elegido presidente en 1961. Con ayuda de asistentes para su investigación y con la Biblioteca del Congreso, Kennedy escribió el libro entre 1954 y 1955 período en el cual se encontraba convaleciente en su cama recuperándose de una cirugía por problemas de espalda.

Libros de John F. Kennedy

EL DEBER Y LA GLORIA
(Editado por Allan Nevins)

ESTRATEGIA DE LA PAZ
(Editado por Allan Nevins)

EDICIÓN 50º ANIVERSARIO

JOHN F. KENNEDY

PERFILES
DE CORAJE

PRÓLOGO POR
ROBERT F. KENNEDY

INTRODUCCIÓN POR
CAROLINE KENNEDY

ALFONSO

Presentación

Cuando en México se habla de coraje pensamos en enojo, en ira: ¡Qué coraje! Es expresión común de molestia ante la frustración de algo que pudo y no fue. ¡Qué coraje! Ante una injusticia. ¡Qué coraje! Ante las limitaciones de los políticos. ¡Qué coraje! Ante la corrupción y la desigualdad.

Pero existe otra acepción de la palabra: la del valor y la audacia. La Real Academia de la Lengua Española define el coraje como la «impetuosa decisión y esfuerzo del ánimo o valor». Es esta la definición que retomó John F. Kennedy cuando, en 1955, tituló esta obra *Profiles in Courage*, y es por eso que, al traducirla por primera vez al español, hemos decidido respetar la intención original del autor.

Alguna vez le preguntaron a Kennedy: «¿Cree usted que existe un vicio típico de nuestro tiempo?. —A lo que respondió—: Sí, la cobardía». En la misma escala con la que Kennedy despreciaba la cobardía, afirmaba que el coraje era la virtud más admirable de una persona. Y tenía licencia suficiente para decirlo. En el prólogo de la presente obra, su hija Caroline Kennedy recuenta el episodio de 1943 cuando el entonces teniente Kennedy, al mando de la lancha torpedera PT-109, fue arrollada por el destructor japonés Amagiri y logró poner a salvo a su tripulación hasta que fue rescatada. Por este hecho Kennedy recibió la Medalla de la Armada y del Cuerpo de Marines en grado de «héroe de guerra» y la condecoración Corazón Púrpura por heridas en combate.

Este episodio tuvo dos consecuencias afortunadas que llevaron a la redacción del presente libro: una de orden físico, porque el ataque dejó a Kennedy con una lesión en la espalda de la cual seguía recuperándose años después. Esto le dio tiempo para leer, reflexionar y escribir. La otra en los dominios del carácter y la personalidad. Considerado un héroe por el ejército de los Estados Unidos, Kennedy no gastó tiempo en la egolatría, en lugar de contar su heroica hazaña, decidió escribir un libro sobre aquellos que admiraba. Diez años después del accidente, ya como senador, Kennedy indagó en la vida de aquellos senadores que habían tenido momentos de coraje. No el coraje físico, como el que conoció durante la guerra, sino el coraje de políticos que tuvieron que tomar decisiones en las que pusieron en riesgo su reputación por una causa en que creían. Políticos que rechazaron el camino fácil y asumieron posiciones contrarias a las de su partido, la opinión pública e incluso de sus electores; y que por ello perdieron popularidad. Políticos que, como Kennedy en las aguas del Pacífico, nadaron a contracorriente motivados únicamente por la fuerza de sus convicciones.

Este libro es, en sí mismo, un acto de coraje. Kennedy pudo haber escrito sobre el coraje de la supervivencia y la lucha por la vida, un sentimiento que sin duda sintió. Y sin embargo, Kennedy decidió abordar el concepto desde la óptica contraria, la de un coraje intelectualizado e idealista, la del coraje político.

Este concepto no es ajeno a la tradición política estadounidense. Fue en este mismo tenor que Barack Obama tituló su autobiografía, *La audacia de la esperanza*. Audacia y Coraje pertenecen a una misma tradición, juntos forman un universo conceptual que privilegia la innovación, el riesgo y la resistencia. Mucho de ello ha quedado impregnado en una familia de políticos que comenzó con John Quincy Adams, pasó por Kennedy y continúa hasta hoy en día. En ese sentido *Perfiles de Coraje* es la indagación histórica

más importante de una actitud política que le regresa dignidad a la actividad. No hacer lo cómodo, hacer lo correcto.

El otro elemento destacable de la improbable historia de este libro es la acción misma del político que escribe. Más allá de las razones que le dieron el tiempo de escribir *Perfiles de Coraje*, Kennedy despliega un ejercicio reflexivo que sería importante en su carrera política. Un ejercicio que le permitió entenderse a sí mismo y con ello, posicionarse en el mundo de la política norteamericana. La pluma de Kennedy es movida por un deseo y una capacidad de encontrar orientaciones morales e intelectuales fijas, de dar forma, carácter, color, dirección y coherencia a una serie de sucesos. Es así que su pluma e indagación aportan luz y reivindica decisiones que fueron juzgadas en la ligereza de la coyuntura. Kennedy se define en estas páginas como un político cuyo principio de organización central, de su universo moral e intelectual, es una imaginación histórica fuerte, amplia y clara, que abarca presente y futuro.

Sus esfuerzos rindieron frutos: en 1957, *Profiles in Courage* ganó el Premio Pulitzer; y ubicó en la escena nacional la voz propia de un novato senador perteneciente al apellido que define lo mejor de la política norteamericana.

Ahora, sesenta años después de su publicación en Estados Unidos, el Senado de la República presenta la primera traducción al español. El momento no podría ser más propicio. La clase política mexicana está sumergida en una profunda crisis de identidad y de valores; ante ello, las palabras y las historias que Kennedy recuenta en el presente tomo pueden ser una guía para encontrar un rumbo nuevo. En un medio que venera el pragmatismo, Kennedy nos presenta una forma distinta de entender y ejercer el deber político: El coraje. Ojalá que la lectura de la vida de estos senadores inspire a otros políticos a actuar con coraje, abandonar el cálculo inmediato, pararse en hombros de gigantes y ver más allá de lo evidente.

Zoé Robledo
Senador por Chiapas

A mi esposa

Introducción

Mi padre nos enseñó a todos que nunca somos demasiado viejos ni demasiado jóvenes para el servicio público. El reto inaugural del presidente Kennedy —«No preguntes lo que tu país puede hacer por ti, pregunta qué puedes hacer por tu país»—, resumió su propia vida y carrera, y suena tan cierto hoy como hace cuarenta años. Para mí, su legado imponente vive en los miles de estadounidenses a quienes inspiró para que trabajaran en sus comunidades, escuelas, barrios, en el Movimiento por los Derechos Civiles y en el Cuerpo de Paz. Nuestro país fue transformado por la energía y dedicación de toda una generación. Ahora depende de nosotros redefinir ese compromiso con nuestra propia época.

John F. Kennedy comenzó su carrera en el servicio público como comandante de una lancha torpedera PT en el Pacífico Sur durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras patrullaba en la noche del 2 de agosto de 1943, la PT-109 fue embestida por un destructor japonés, el *Amagiri*, por lo que estalló en llamas, arrojando a los miembros de la tripulación a las ardientes aguas. Dos de ellos murieron y otro sufrió quemaduras tan graves que no podía nadar. Agarrando con los dientes una correa del chaleco salvavidas del hombre herido, el teniente Kennedy llevó al marinero herido a la isla más cercana, a tres millas de distancia. Durante los próximos seis días, con poca comida y agua, los hombres se escondieron por temor a ser capturados por los japoneses. Cada noche, Kennedy nadaba a través de las

aguas infestadas de tiburones a otras islas en busca de ayuda, hasta que fue descubierto por Eroni Kumana y Biuku Gasa, dos nativos de las Islas Salomón. Le dieron un coco, en el que Kennedy grabó un mensaje, el cual llevaron a la guarida cercana de un observador en la costa australiana, quien coordinó el rescate. En el verano de 2002, una expedición de National Geographic Society descubrió que la leyenda del coraje de John F. Kennedy sigue viva en las lejanas Islas Salomón. El explorador Robert Ballard y su equipo hallaron la PT-109 en el fondo del mar usando vehículos a control remoto con cámaras submarinas. Los miembros de la expedición se reunieron con Eroni Kumana, el hombre que, con su canoa sencilla, salvó la vida de mi padre y cambió el curso de la historia, así como el de su hijo, John F. Kennedy Kumana.

El coraje de mi padre le valió la Medalla de la Armada y del Cuerpo de Marines «por conducta extremadamente heroica», y un Corazón Púrpura por sus lesiones. También hizo posible *Perfiles de coraje*. La colisión con el destructor japonés le produjo una lesión en la columna, requiriendo una cirugía en el invierno de 1954 a 1955. Elegido para el Senado de los Estados Unidos dos años antes, mi padre estaba interesado en comprender las cualidades que hacen a un gran senador. La historia era su pasión, por lo que pasó los meses de convalecencia leyendo las crónicas de sus predecesores legendarios. Para mis padres, la historia no era un asunto árido ni aburrido, sino una fuente constante de inspiración. Ellos creían que verdaderamente hay héroes y que todos podemos aprender de su ejemplo. Los héroes de mi padre eran hombres y mujeres que estaban dispuestos a arriesgar sus carreras para hacer lo que era correcto por nuestro país. *Perfiles de coraje*, publicado en 1956, narra sus historias.

Como senador y como presidente, John F. Kennedy mostró el mismo tipo de coraje tanto en política exterior como en asuntos nacionales. En 1962, cuando descubrió

que los soviéticos estaban construyendo bases de misiles nucleares en Cuba, el presidente Kennedy se resistió a los llamados para realizar un ataque aéreo inmediato y siguió un rumbo diplomático que evitó la catástrofe de una guerra nuclear. Su «gracia bajo presión» y su juicio brillante durante la crisis de los misiles cubanos condujeron a un nuevo capítulo en las relaciones soviético-estadounidenses, el que hizo posible negociar el primer tratado que prohibía los ensayos de armas nucleares en la atmósfera, en el espacio ultraterrestre y debajo del agua. En un discurso que pronunció el verano posterior a la crisis de los misiles cubanos, el presidente Kennedy habló acerca de la paz: «No seamos ciegos a nuestras diferencias; enfoquemos directamente la atención en nuestros intereses comunes y en los medios con los que se pueden resolver esas divergencias. Y si no podemos ponerles fin, al menos podremos contribuir a que el mundo sea seguro en aras de la diversidad. Porque, en última instancia, nuestro vínculo más común es que todos habitamos este pequeño planeta. Todos respiramos el mismo aire. A todos nos preocupa el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales».

En 1963, cuando las ciudades del sur ardían con la promesa largamente aplazada de los derechos civiles y la policía atacó a los manifestantes pacíficos por los derechos civiles con mangueras de bomberos y perros adiestrados, el presidente Kennedy les confirió todo el poder del gobierno federal a aquellos que buscaban la integración, pues era lo correcto. En un discurso televisado a la nación la misma noche en que movilizó a la Guardia Nacional de Alabama para admitir dos estudiantes negros en la Universidad de Alabama en virtud de una orden judicial federal, el presidente Kennedy señaló: «Nos enfrentamos principalmente a una cuestión moral. Es tan antigua como las Escrituras y tan clara como la Constitución estadounidense. El meollo del asunto es si todos los estadounidenses contarán con igualdad de derechos e igualdad de oportunidades, si vamos a

tratar a nuestros conciudadanos como queremos ser tratados. Si un estadounidense —debido a que su piel es oscura—, no puede almorzar en un restaurante abierto al público, si no puede enviar a sus hijos a la mejor escuela pública disponible, si no puede votar a favor de los funcionarios públicos que lo representan; si, en suma, no puede disfrutar de la vida plena y libre que todos queremos, entonces, ¿quién de nosotros se contentaría con tener el color de su piel y ponerse en su lugar? ¿A quién de nosotros le agrada-
ría entonces que le aconsejaran paciencia y esperanza?». En el mismo discurso, el presidente Kennedy anunció que enviaría al Congreso una legislación que prohibiera la discriminación en todas las instalaciones públicas, la cual se convertiría en la Ley de Derechos Civiles de 1964, aprobada después de su muerte.

Puesto que mi padre estudió historia y entendió la complejidad del coraje, también comprendió su poder elemental. Él creía que contar las historias de aquellos que actúan de acuerdo a los principios sin importar el precio, puede ayudar a inspirar a las generaciones futuras a seguir su ejemplo. Nuestro país necesita reconocer el liderazgo, respetarlo y exigirlo a nuestros líderes. La vida y la carrera de John F. Kennedy han inspirado a millones de personas en todo el mundo y confirman la verdad de la declaración de Andrew Jackson: «Un hombre de coraje hace una mayoría».

Nuestra familia ha honrado la dedicación de mi padre al servicio público celebrando ese compromiso en los demás. En 1989, establecimos el Premio Perfiles de Coraje, otorgado anualmente a un funcionario electo que vele por los ideales sobre los que se fundó este país, a menudo con gran riesgo personal. Estos hombres y mujeres, republicanos y demócratas, que sirven a nivel local, estatal y nacional, son los herederos de los ocho senadores legendarios descritos en este libro. Nuestra definición colectiva del coraje se ha ampliado desde que se escribió *Perfiles de cora-*

je; actualmente, honramos a los que tienen el coraje para transigir, así como a quienes mantienen su rumbo.

La congresista Hilda Solís, que creció en una de las comunidades más contaminadas de Estados Unidos, encabezó la lucha por la primera ley de justicia ambiental de la nación cuando era una joven senadora estatal latina en California. Argumentando que las instalaciones de residuos tóxicos y peligrosos se encontraban —en cantidades desproporcionadas— cerca de los barrios de las minorías y con bajos ingresos, Solís aglutinó con éxito el apoyo al histórico proyecto de ley. Superando la fuerte oposición y transigiendo cuando tuvo que hacerlo, Solís trabajó con los líderes políticos y empresariales para asegurar la aprobación de una legislación pionera que requiere que todas las comunidades deben ser tratadas de manera justa con respecto al desarrollo, la implementación y la aplicación de las leyes ambientales.

El congresista John Lewis recibió un Premio Perfiles de coraje al logro —sin precedentes— en reconocimiento a la valentía moral de su carrera. Pionero en el movimiento de los derechos civiles y uno de los principales organizadores de la marcha en Washington en 1963, Lewis arriesgó su vida con frecuencia para desafiar la segregación durante los recorridos por la libertad (conocidos como Freedom Rides), y para garantizar el derecho al voto a los afroamericanos. A pesar de más de cuarenta detenciones, agresiones físicas y palizas brutales, Lewis nunca ha vacilado en su devoción a la filosofía de la no violencia. Su vida se ha distinguido por el coraje y una dedicación extraordinaria a convertir a los Estados Unidos en «una comunidad amada».

También honramos acciones excepcionalmente valientes. Por ejemplo, el presidente Gerald Ford recibió el Premio Perfiles de coraje por indultar a Richard Nixon. Ford comprendió que Estados Unidos necesitaba comenzar a sanar las heridas del Watergate y que él era el único hombre que podía hacer posible eso. Un mes después de que Ford

asumió como presidente, perdonó a Nixon, a sabiendas de que podría costarle la presidencia. Y, en efecto, en 1976 perdió frente a Jimmy Carter por un estrecho margen.

Así como la presidencia de mi padre representaba un llamado a la acción, el servicio público también fue redefinido en nuestra época por el 11 de septiembre. Los acontecimientos desgarradores de ese día infligieron una pérdida abrumadora a las familias, a las comunidades y a nuestra nación. Pero en esos momentos terribles, muchos hombres y mujeres comunes arriesgaron sus vidas para que otros pudieran estar a salvo, haciendo realidad la faceta del coraje e inspirando a una nueva generación que quiere servir a los demás. La extraordinaria valentía de nuestros servidores públicos —bomberos, policías, equipos médicos y funcionarios elegidos—, salvaron miles de vidas. Hemos sentido una admiración renovada por los hombres y las mujeres de nuestras fuerzas armadas, que hacen del coraje su carrera. Los civiles que manifestaron una valentía extraordinaria en el Pentágono, en el World Trade Center y en el espacio aéreo, nos mostraron que el coraje y la capacidad de servicio están dentro de todos nosotros.

Cada uno de nosotros debe encontrar el don que debemos ofrecer a los demás. Como dijo Martin Luther King en uno de los últimos sermones que pronunció antes de su muerte: «No tienes que poseer un título universitario para servir. No tienes que hacer que tu sujeto y tu verbo coincidan para servir. No tienes que saber sobre Platón y Aristóteles para servir. No tienes que conocer la teoría de la relatividad de Einstein para servir. Solo necesitas un corazón lleno de gracia. Un alma que nazca del amor. Y puedes ser ese servidor».

—CAROLINE KENNEDY

2003